La simbología olvidada del gitano
Integrismo frente a integracionismo

JOAQUÍN ALBAICÍN

El gitano de España ha visto resquebrajarse sus estructuras tradicionales; a sus líderes, adherirse a concepciones gadje de la política; a su pueblo, diezmado por la heroína paya y dividido y perturbado por ese engañoso espejismo de las Iglesias (judaísmo para gentiles pasado por el colador de lo anglosajón). Qué duda cabe de que una recuperación, siquiera fuese mínima, de su patrimonio simbólico pudiera ayudarle a reencontrar su camino espiritual. Porque "*todos los seres, que en todo lo que son dependen de su principio, deben, consciente o inconscientemente, aspirar a retornar a él; esta tendencia al retorno hacia el Centro tiene también, en todas las tradiciones, su representación simbólica*".(1).

Así pues, animados por el propósito de ayudar a nuestro pueblo a salir del callejón sin salida al que ha sido conducido, diremos algo acerca de lo crítico de los tiempos a los que no le queda más remedio que enfrentarse; también, sobre su secular entendimiento de sí mismo como pueblo que ocupa en el cosmos una posición "central"; y daremos, además, algunas nociones básicas acerca de la comprensión de la naturaleza humana por el hinduísmo, expresada en el sistema de castas. Por último, nos detendremos un poco en el campo de la simbología tradicional.

El kali yuga

Según los libros sagrados del hinduísmo, por fidelidad a los cuales abandonaron nuestros antepasados su patria ocupada por los muslimitas, el tiempo está dividido en catorce *manvantaras*, cada uno de los cuales tendría una duración de 64.800 años (un día celeste). Catorce *manvantaras* integran un *kalpa*, o ciclo cósmico completo. Cada *manvantara* estaría, a su vez, dividido en cuatro ciclos humanos o *yugas*: Edad de Oro, Edad de Plata, Edad de Bronce y Edad de Hierro.

Del mismo modo en que la humanidad ha de atravesar por cuatro etapas diferentes, los hombres son clasificados, por su nacimiento de distintas partes del cuerpo de Brahman, en cuatro castas o naturalezas. En cada *yuga*, la decadencia -por alejamiento del Principio espiritual- sería más acusada que en el anterior, debido a que cada una de las castas iría en cada ciclo alterándose en la preponderancia.

La última de estas edades, el *Kali Yuga* o Edad de las Sombras, en cuyas postrimerías nos hayamos actualmente inmersos, caracterizada por la inversión total de los valores y la ocupación de las más altas dignidades por hombres pertenecientes a la peor dotada de las castas -

la cuarta-, es aquella en la que llegará la degeneración a tocar fondo. En el Kali Yuga, dice el "Shiva Purana":

"Se mata a los fetos y a los héroes. Los obreros quieren desempeñar el papel de intelectuales, los intelectuales el de obreros. Los ladrones se convierten en reyes, y los reyes en ladrones. Raras son las mujeres virtuosas. Se extiende la promiscuidad. La estabilidad y el equilibrio de castas y edades de la vida desaparecen por todas partes. La tierra no produce casi nada en algunos lugares, y produce mucho en otros. Los poderosos se apropian de los bienes públicos y dejan de proteger al pueblo. Sabios de baja cuna son honrados como si fueran brahmanes, y entregan a gente que no es digna de ello los peligrosos secretos de las ciencias. Los maestros se envilecen vendiendo su saber. Muchos se refugian en una vida errante. Al final del yuga, el número de mujeres aumenta y disminuye el de hombres (...) Nadie deja de emplear un lenguaje grosero, nadie cumple su palabra, todos son envidiosos (...) Durante la Edad de Kali, el Gran Dios, Shiva, el pacificador oscuro y rojo, se revelará a todos bajo un disfráz, para restablecer la justicia. Quienes vayan a él, se salvarán".(2)

Así es, en efecto, la Era que nos ha tocado vivir. En ella la inteligencia se achata, la visión se oscurece, la sensibilidad se atora. Es lógico, pues, que se sienta el gitano más amenazado que nunca por un mundo (el occidental) cuyos valores (progresismo, igualitarismo, economicismo, materialismo, democratismo) son contrarios a los que él sustenta (tradición, reconocimiento de la diferencia, jerarquía natural, espiritualidad).

El sistema de castas

El hinduísmo descubre la pertenencia de cada hombre a una casta, señalada por la preponderancia de unos valores o unas inclinaciones sobre los demás en su carácter. Estas son las de los *brahmana* (sabios preservadores de las enseñanzas sagradas), la de los *kshatriya* (hombres de acción), la de los *vaisya* (comerciantes) y la de los *sudra* (trabajadores manuales y servidores). Los brahmanes representarían la autoridad espiritual y los *kshatriya* el poder temporal. Las tres primeras constituyen las llamadas *castas* arias.

Como dice Guénon (3), la palabra *arya* -que quiere en sánscrito decir "señor", "dominador"- carece de sentido y contenido raciales:

"Algunos querrían que no hubiese sido así en su origen, pero su opinión se funda nada más sobre la suposición de una pretendida "raza aria", que se debe simplemente a la imaginación demasiado fértil de los orientalistas: el término sánscrito "arya", del que se ha tomado el nombre de esta raza hipotética, no ha sido nunca en realidad más que un epíteto distintivo que se aplica a los hombres de las tres primeras castas, y esto independientemente de pertenecer a tal o cual raza".

Asimismo, en otra parte (4), nos dice: "Iran o Airyana viene de la palabra *arya* (que deriva de *arya* por alargamiento) y que significa labrador".

Ciertamente (y al margen de que, en efecto, individuos de muy distintas razas pertenezcan a una misma casta), el término *ario* no se emplea en ninguna otra cultura fuera de India y Persia hasta que aparecen en el siglo XIX los escritos etnológicos de Gobineau y demás, y

nunca la raza blanca -señalémoslo- se ha llamado a sí misma ni ha sido llamada por otras *aria*. La raza blanca, de hecho, ha dejado en India una huella física nada relevante.

El sistema de castas garantiza la continuidad y la supervivencia de unos rasgos espirituales

Sin olvidar que *varna* significa tanto *casta* como *color*, hemos de dejar claro que la pertenencia a una casta implica en India pertenencia a una naturaleza *espiritual* que, mediante la endogamia de grupo, se transmite o trata de transmitir por herencia de padres a hijos. La finalidad del sistema de castas no es tanto garantizar la continuidad y la existencia de unos rasgos raciales como la de asegurar la pureza y supervivencia de unos rasgos espirituales: de un *arquetipo*.

El sentido más riguroso atribuible al término *aryas* quizá sea el de *dwija*, que siempre se ha tenido por su equivalente o sinónimo, y significa "dos veces nacido", es decir, *iniciado*. De ahí que hayamos de convenir en que deba la llegada de los *aryas* entenderse, no como la de unos invasores o dominadores, sino como la de gente conocedora y portadora del saber tradicional que inicia en un pasado remotísimo y mítico, al transmitírselo, a los habitantes de India. Por ello, y no por otra cosa, son *arias* -es decir, iniciadas- las tres primeras castas del hinduísmo.

Fuera de esta condición de arios quedan los integrantes de la cuarta casta, a quienes no se permite el acceso a los textos sagrados. En esta cuarta casta se supone que habrían sido incluídos, en los orígenes del sistema, los individuos de piel más oscura (algo bastante relativo en India), por entenderse (siguiendo la ley hermética de que lo exterior es, de alguna manera, reflejo de lo interior) que esta era, en general, reflejo de una determinada naturaleza apenas nada cualificada para lo espiritual.

Insistamos, sin embargo, en que la tradición hindú no tiene las connotaciones de racismo biológico que se ha pretendido atribuirle. La división establecida por el sistema de castas quiere ser fiel espejo de una división de naturaleza *espiritual*, de la que no sería lo biológico sino una envoltura externa. La raíz última de las groseras, lamentables y penosas aplicaciones interesadas de la misma no deben ser buscadas en la fuente de esta tradición, sino en la mezquindad de los complejos y la soberbia del ser humano. De hecho, la tradición hindú admite -y hasta tiene casuística sobre ello- la posibilidad de que pueda la iluminación ser alcanzada por un intocable.

En el mundo occidental la iniciación ha desaparecido totalmente

"Dos veces nacido" -ario- es, pues, todo aquel que ha recibido la iniciación *conforme a la tradición hindú o zoroástrica* (de la que los últimos representantes serían los parsis)... y *nadie más*. Podríamos ensanchar el rasero y hacer extensible la condición de ario a todo aquel que haya sido investido desde lo alto con la bendición de una fuerza espiritual que le haya convertido en otro distinto del que era antes, pero no sería correcto, puesto que en el mundo occidental la iniciación (no digamos la iniciación aria, que nada tiene que ver con el populismo plebeyo de Hitler) ha desaparecido totalmente, aunque ceremonias

como la Primera Comunión o el Bautismo, y especialmente la ordenación sacerdotal, constituyan -en el cristianismo- relativos restos de ella (no olvidemos, sin embargo, que estos ritos se llevan a cabo públicamente, en tanto la iniciación propiamente dicha pertenece a los dominios de lo privado y lo esotérico). En el mundo gitano del Oeste ha sucedido tres cuartos de lo mismo, a pesar de que puedan ser detectados algunos rescoldos: los kale de España, por ejemplo, no consideraban realmente persona al nacido hasta que había sido bautizado, lo que nos dice de la creencia en que su existencia no era completa hasta que no era penetrado por una fuerza espiritual descendida sobre él... La supervivencia más pura de la iniciación aria entre los gitanos de Occidente quizá sea la de la boda, a través de la cual accede la mujer a un nuevo estado social y psíquico y asciende a un grado superior de conocimiento del mundo, y en cuya ceremonia esencial sólo pueden estar presentes aquellas mujeres que, como la novia, se hayan desposado por el rito gitano (5).

Sangre india que riega las venas de los Roma

Esta conservación del carácter iniciático de los esponsales gitanos es, sin lugar a dudas, herencia de la sangre india que riega las venas de los Roma y de la condición aria de nuestros antepasados, puesto que, según leemos en uno de los textos primordiales del hinduísmo (6):

"*Se afirma que la ceremonia nupcial es el sacramento védico para las mujeres, equivalente a la iniciación: el servir al marido, equivalente a la residencia del hombre en casa de su maestro; y los deberes del hogar, lo mismo que la adoración diaria del fuego sagrado*" (7).

Los kale: pueblo "central"

Dijimos antes que trataríamos de aproximarnos al concepto de Centro y a su simbolismo apelando a las más antiguas y estrechas vinculaciones que había el gitano tenido con la Tradición Primordial antes de su alejamiento progresivo de ella. Ese alejamiento no ha llegado nunca, espero, a ser total.

Porque, curiosamente, el gitano (a pesar de su condición de pueblo errante y sin tierra, sometido a la provisionalidad permanente de todos los nómadas) ha conservado en el interior de su conciencia la condición de pueblo "central".

La principal razón, por ser la más evidente, hemos sin duda de buscarla en su fuerte sentimiento etnocéntrico.

Para el gitano, su raza es el eje en torno al cual el mundo gira. Todo lo que fuera de ella le circunda es accesorio. De alguna manera, pues, ha seguido cerca del Paraíso, ha mantenido un cierto "centro" referencial, al revés que el hombre occidental, en cuyo mundo ha acampado.

Pero, a la vez que ha mantenido su convicción de ser un pueblo "central", ha perdido su "centro" físico, que era reflejo del Centro Supremo (8), y -al olvidar su historia- ha olvidado también su simbología propia, de modo que, privado de instrumentos de meditación y presionado por los ataques del mundo moderno contra su estilo de vida, su alejamiento del "centro" espiritual ha sido en los últimos años vertiginoso.

Seguimos a Guénon en la creencia de que la antigua autodenominación como "pueblo negro" de los chinos (*li-min*), caldeos (*nishi salmat kakkadi*) y egipcios

(*kemi*, la tierra negra de Egipto) no habría respondido tanto a una identificación por el color de la piel como a una identificación con el sentido superior -no el inferior- que el simbolismo tradicional otorga al color negro:

"... en su sentido superior, el color negro simboliza esencialmente el estado principal de la no-manifestación, y que así ha de comprenderse, especialmente el nombre de Krshna (9), "negro", por oposición al de Arjuna (10), que significa "blanco", representando el uno y el otro, respectivamente, lo no-manifestado y lo manifestado, lo inmortal y lo mortal, el sí mismo y el yo, Paramatma y jivatma". (11)

Añade, además, que los pueblos de que acabamos de hacer mención son de aquellos que se consideran a sí mismos como ocupantes de una situación "central":

"... es muy conocida, en particular, la designación de China como el "Reino del Centro" (Chung-Kuo), así como el hecho de que Egipto era asimilado por sus habitantes al "Corazón del Mundo". Esta situación "central" está, por lo demás, enteramente justificada desde el punto de vista simbólico, pues cada una de las comarcas a las cuales se atribuía era efectivamente sede del centro espiritual de una Tradición, emanación e imagen del centro espiritual supremo y representante de él para aquellos que pertenecían a esa tradición particular, de suerte que era para ellos verdadera y efectivamente el "Centro del Mundo", pero el centro es, en razón de su carácter principal, lo que podría llamarse el "lugar" de la no-manifestación (12); como tal, el color negro, entendido en su sentido superior, le conviene realmente" (13).

No encontramos motivo alguno que nos impida atribuir a los gitanos las mismas razones que los otros pueblos citados para adoptar la denominación emblemática de *kale* (negros). La circunstancia de que la región del Sind, de donde presuntamente procederíamos en gran parte los *Zinkale* (hombres negros del Sind), sea un área bañada por cinco ríos, y de que la denominación de uno de ellos -el Guijon- coincida con la de uno de los que regaban el Paraíso terrenal de los hebreos, y de que otro -el Ganges- sea el río sagrado por excelencia de los hindúes, pensamos que nos autoriza a suponer que en esta zona de Multan estuvo emplazado un día uno de los "centros" del mundo, uno de los centros espirituales reflejo del Centro Supremo, y que la denominación de sus antiguos habitantes -los actuales gitanos- como *kale* (negros) responde a ésta, y no a otra razón.

El Centro es la morada de Dios y "lugar" fuera del espacio y del tiempo al que las tradiciones más antiguas de todos los pueblos denominan Paraíso

El Centro, ese al que se debe retornar, ese origen del que todo procede, es la morada de Dios, ese "lugar" fuera del espacio y del tiempo al que las tradiciones más antiguas de todos los pueblos denominan Paraíso. Ha sido representado desde la más remota antigüedad a través de distintos símbolos, especialmente -en lo que nos concierne- la swastika y la rueda. Esta última, actual emblema del pueblo gitano, es muy frecuente en Caldea, Asiria, Tíbet e India, donde recibe el nombre de *chakra*. La encontramos

reproducida en el arte medieval de un Occidente aún cristiano con el nombre de "ruedecilla céltica".

"El medio entre los extremos representados por puntos opuestos de la circunferencia es el lugar donde las tendencias contrarias, llegando a esos extremos, se neutralizan, por así decirlo, y se hallan en perfecto equilibrio.

(...) Hay un tercer aspecto de ella, más particularmente vinculado con el punto de vista moral..., y es la idea de justicia; se puede así relacionar lo que estábamos diciendo con la concepción platónica según la cual la virtud consiste en un justo medio entre dos extremos. Desde un punto de vista mucho más universal, las tradiciones extremo-orientales hablan sin cesar del "Invariable Medio", que es el punto donde se manifiesta la "Actividad del Cielo"; y, según la doctrina hindú, en el centro de todo ser, como de todo estado de existencia cósmica, reside un reflejo del Principio Supremo.

(...) ... es preciso considerar la circunferencia en movimiento en torno de su centro, punto único que no participa de ese movimiento. El nombre mismo de la rueda (rota) evoca inmediatamente la idea de rotación; y esta rotación es la figura del cambio contínuo al cual están sujetas todas las cosas manifestadas; en tal movimiento, no hay sino un punto único que permanece fijo e inmutable, y este punto es el Centro". (14)

La swastika, que hallamos desde el Extremo Oriente hasta el Extremo Occidente, se ha conservado en India y Asia Central, solo lugares donde, como dice Guénon, probablemente se conozca su verdadero significado:

"En vez de la rotación de una circunferencia en torno de su centro, puede también considerarse la de una esfera en torno de un eje fijo; la significación simbólica es exactamente la misma.

(...) Cuando la esfera, terrestre o celeste, cumple su revolución en torno de su eje, hay en esta esfera dos puntos que permanecen fijos: son los polos (...) Por eso la idea de Polo es también un equivalente de la idea de Centro. La swastika ... es esencialmente el "signo del Polo".

El movimiento de la swastika no es "un movimiento cualquiera, sino de un movimiento de rotación que se cumple en torno de un centro o de un eje inmutable; y precisamente el punto fijo es el elemento esencial al cual se refiere directamente el símbolo en cuestión. (...) El Centro imprime a todas las cosas el movimiento y, como el movimiento representa la vida, el swastika se hace por eso mismo un símbolo de la vida o, más exactamente, del papel vivificador del Principio con respecto al orden cósmico". (15)

El olvido del significado de los símbolos que a su cultura son propios deja al hombre espiritual sin defensas frente a la penetración en su mundo de las influencias materialistas

El símbolo no es una convención ni una metáfora, sino la expresión cifrada de la naturaleza de una realidad inefable situada más allá de lo visible, en el mismo corazón de la vida. El símbolo es puente entre el hombre y lo que está por encima de él, vehículo que lo religa con lo sagrado. Sentado en actitud meditativa frente al símbolo, el hombre se encuentra e identifica, más allá de los sentidos, con su Dios y consigo, frente a (y en) su verdadera realidad.

De ahí que el olvido del significado y de la importancia de los símbolos que a su cultura son propios deje al hombre espiritual sin defensas frente a la penetración en su mundo de las influencias materialistas. Es triste que hayan tantos kale de España caído en las garras de una "iglesia" que no es capaz de dar una explicación sobre el sentido de los símbolos cristianos que vaya más allá de la mera historia profana. Y no puede, porque, sencillamente, *lo desconoce*. Los pueblos que olvidan sus símbolos están condenados a reencontrarlos o... desaparecer.

Oriente y Occidente

La problemática de la convivencia del gitano con el gadjo, o la de la supervivencia del entramado de valores que conforman la cultura gitana en el seno de la sociedad paya (que no es sino la civilización occidental) hostil a ellos, no es más que parte de una problemática mucho más amplia, que desatará sus tensiones en los años venideros con más estrépito aún de lo que en el presente día lo hace: la de la pugna irresuelta e insoslayable entre Oriente y Occidente.

Porque está el mundo occidental poniendo más empeño que nunca en socavar todos aquellos valores que, como en la sociedad occidental (cuyo adversario natural es Oriente, donde continua vigente una concepción de la vida inseparable de la fidelidad a lo divino, cuya ausencia es, precisamente, la más genuina señal de identidad del Occidente de hoy) haya visto en él un principalísimo enemigo a abatir, para debilitar al cual todo tipo de argucias y toda falta de escrúpulos están justificados. Y a un enemigo *prioritario*, puesto que se le tiene "viviendo en casa". La droga y la carcoma del discurso integracionista han sido las principales medidas tomadas por el sistema para neutralizar a los gitanos.

"Integracionismo frente a Integrismo" podría ser la leyenda que resumiera la actual atmósfera del mundo. La presente guerra, ya iniciada, no es una guerra por las materias primas o por el control de los puertos, sino un combate entre civilizaciones. O, mejor dicho, entre las *civilizaciones* (o lo que queda de ellas) y la *anti-civilización*. Porque la circunstancia de que la actual civilización occidental sea la única conocida en toda la historia de la humanidad que ha sido levantada por entero al margen de toda alusión a lo sagrado que la legitimara, nos da derecho a señalar en ella un carácter *anormal* desde sus inicios.

Lo que hoy vivimos es, pues, una conflagración entre la civilización sagrada (que sigue teniendo en lo Alto -en el Centro- su punto de referencia) y la

que la causa del integrismo encuentre su fundamento en un pulso entre el Islam y el cristianismo (como lo fue en los días de las Cruzadas, cuyos protagonistas -de uno u otro bando- en ningún momento cuestionaron los vínculos que había toda sociedad de mantener con lo Divino), puesto que Occidente, donde los partidos católicos incluyen el aborto en sus programas para captar votos, puede en estos momentos considerarse cualquier cosa menos cristiano.

"Integridad frente a integracionismo"

El integrismo no sería, en este contexto, sino la manifestación particular en el ámbito islámico del natural y legítimo derecho de autodefensa que asiste a los pueblos tradicionales frente a las tentativas de Occidente de destruir los cimientos sagrados de su cultura. El lema "Integridad frente a integracionismo" resumiría, en definitiva, con más fidelidad el espíritu de los tiempos que el citado "Integrismo frente a Integracionismo".

Si decimos que la problemática de la convivencia del gitano con el *gadjo* es parte de la más amplia que enfrenta a Occidente con Oriente es porque la división del mundo entre Oriente y Occidente no es en modo alguno una división artificial, ni tampoco una división meramente geográfica. Antes al contrario, está muy por encima del dominio de lo territorial.

Por ejemplo, toda la América del Sur (en teoría, el Extremo Occidente), desde el momento en que es la india la sangre que en su población predomina, no es Occidente, sino Oriente. Su problemática, por ello, no es la misma que las de España o Francia, sino que la de India o Kuwait, y de ahí las graves dificultades que halla Occidente para consolidar allí sus sistemas políticos.

Una reserva india de Oklahoma, un barrio --o una simple casa-- de gitanos en Estocolmo, Valencia o Viena, cualquier ciudad de Sudamérica, el bazar de un indio en París, no son Occidente: son Oriente. Si en Madrid se entra a comprar una chaqueta en unos grandes almacenes, se está en Occidente; si -sin salir de Madrid-se entra a lo mismo en una tienda del Rastro propiedad de una gitana, se está en Oriente. Precisemos que la agresividad y la provocación parten de Occidente. El gitano nunca ha querido convertir al payo en kaló, porque siempre ha sabido que esto no era posible; el payo, en cambio, que no concibe otro modo de vida normal distinto del suyo (tan profundamente anormal) pone siempre, tarde o temprano, al gitano en la encrucijada de "bautizarse" gadjo, llevar una doble vida o pudrirse en la marginación. Lo mismo que se siente incómodo el gitano en un mundo *desafinado*, tampoco soporta el blanco que viva gente *afinada* cerca de él. Es el occidental quien se empeña en dictar la ley en casa de los demás; en poseer a la mujer que no merece; en obligar a consumir a sensibilidades incompatibles con aquellos alimentos prohibidos por sus dioses... El oriental, por contra, jamás ha necesitado del occidental; ni a la mujer blanca, ni a la ciencia blanca, ni a la higiene blanca; siempre tuvo mujeres de verdad, y su metafísica sin fisuras -de origen divino- no precisa de filosofillos que sólo saben dudar.

No deben estas líneas tener otra consideración que la de breves notas que quisieran despertar en algún gitano el amor por los tesoros olvidados de un pasado que le pertenece.

NOTAS

(1) **RENÉ GUÉNON**, "Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada" (Eudeba, Buenos Aires 1988).

(2) Citado por **ALAIN DANIÉLOU** en "Shiva y Dionisios: la religión de la Naturaleza y del Eros" (Ed. Kairós, Barcelona 1986).

(3) **RENÉ GUÉNON**, "Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes" (LC, Buenos Aires 1988).

(4) **RENÉ GUÉNON**, "El reino de la cantidad y los signos de los tiempos" (Ayuso, Madrid 1976).

(5) No estamos autorizados a extendernos en detalle sobre los pormenores de este rito, puesto que "I Tchatchipen" es una publicación dirigida a un público más amplio que el gitano. Pero sí decir que nada tiene que ver con las groseras vulgarizaciones que, fruto más de la morbosidad y la imaginación que del conocimiento de la realidad, presentan a veces los medios de comunicación como primicia informativa.

(6) "Leyes de Manú" (**MOTILAL BANARSIDASS**, New Delhi 1988).

(7) Ya justificada por este antiquísimo texto sagrado la condición de rito iniciático de nuestras bodas, se impone volver al rigor selectivo de antaño a la hora de permitir la asistencia a su rito principal de invitados que no tengan sangre gitana. La actual relajación del precepto, que autoriza la entrada a gadje formados en los principios del mundo moderno y totalmente solidarios con su decadente civilización antitradicional, no constituye sino una auténtica profanación.

(8) Entendemos, a grandes rasgos, por Centro Supremo aquel lugar, cada vez más oculto por las particulares circunstancias del Kali Yuga, en que se perpertúan las tradiciones y se mantiene el estado del Ser propio del Paraíso, con el que puede también ser identificado. Ha recibido distintas denominaciones de los diferentes pueblos: Etiopía, Siria, Shamballah, el Reino del Preste Juan, etc.

(9) Dios del hinduismo, encarnación de Vishnú (que periódicamente desciende entre los hombres para salvar al mundo).

(10) Interlocutor de Krishna en el "Bhagavad-Gita", joya de la sabiduría hindú y poema del "Mahabharata", epopeya nacional india.

(11) **RENÉ GUÉNON**, "Símbolos fundamentales..."

(12) Estado del espíritu en que las leyes del tiempo y el espacio y demás contingencias no rigen.

(13) **RENÉ GUÉNON**, o.c.

(14) **RENÉ GUÉNON**, o.c.

(15) **RENÉ GUÉNON**, o.c.